



UN ALMA EN LA AVENIDA SARMIENTO

Aquella mañana se levantó temprano. ¡ Bah! como siempre... ya no precisaba relojes ni alarmas porque el sol nacía casi dentro de su pequeña habitación. Cuando Pancho abría los ojos lo veía en los rincones jugando con millones de pelusas que nunca sabía de dónde salían pero , que estaban ahí aunque barriera con entusiasmo, porque si había algo que no podía olvidar era la pulcritud heredada de su madre.

Sobre el respaldo de la silla estaba su bombacha marrón con la faja de colores sobrios, la camisa y el pañuelo que se ponía al cuello con precisión metódica. Cerca, las botas de caña alta, ¿ desde cuándo las tenía?... ¡ vaya uno a saber! pero aún estaban buenas gracias a que las lustraba con empeño cada noche, antes de acostarse. Por suerte el baño estaba cerca en esa casa prestada, amplia, vieja pero segura, que ocupaba como esperando algún suceso extraordinario. Después de lavarse y vestirse buscaría la pipa, su eterna y única compañera, para después ir al bar de la esquina, donde desayunaba.

Sabía lo que vendría: cruzar el boulevard con paso lento, saludar a los vecinos con pocas palabras y...encontrarse con los chicos del barrio y contarles por centésima vez los cuentos inofensivos y alegres que trajo de su España natal.

" Mi apellido es Casado Herrero pero, no soy casado ni herrero" les repetía como

Introducción a esos niños que gozaban con los relatos.

También él sabía que en el pequeño bar estarían sus conocidos_ nunca quiso llamarlos amigos_ que lo invitarían con un café, que compartirían el periódico o los últimos chismes del pueblo.

Él había sido un bohemio, un buscador de sueños, un lector empedernido, un arriesgado pirata sin barco ni bandera y ahora ...así estaba, sabiendo de antemano lo que iba a suceder porque...¿ cómo cambiar a sus años una vida sin horizonte y sin vuelo?

Tal vez hubiera algo, a lo mejor...y decidió no seguir la rutina diaria.No cruzaría la calle, no saludaría a sus vecinos, no iría al bar de la esquina. Que vinieran a buscarlo si querían verlo.

Pasó la mañana y parte de la tarde. Las chicharras no habían dejado de cantar durante toda la siesta. Sólo el viento se había calmado y cuando eran casi las cinco, un silencio profundo recorría el boulevard entre los arbolitos nuevos.

Como es de suponer, los vecinos, los chicos y los conocidos sabían que algo faltaba en aquel paisaje. Alguien no había puesto su figura pequeña al contraluz de aquella jornada calurosa.

Primero fue un rumor, después un presentimiento y no mucho más tarde un salto en el corazón de los que en verdad lo querían aunque él no quisiera admitirlo.

Cuando llegaron a la casa_ con cien pasos sobraba_ los recibió también el silencio. Los paraísos habían derramado todas sus flores sobre el patio y el gualaguay arrastraba sus ramas con un gesto de " yo no sé nada".

Con pudoroso respeto hurgaron entre sus cosas, en el cajón de la mesita de luz yacía el pistolón que " metía" miedo. Todo estaba ordenado, todo quieto.

Casi al retirarse vieron el aljibe con la tapa levantada, el yuyal a su alrededor lucía algunos penachos grises. Se asomaron. Sólo se asomaron. Sabían de antemano lo había en el fondo de ese jaguel seco. Tal vez, a lo mejor... La rutina había cambiado definitivamente. Ya no cruzaría el boulevard, pero sí sabía que siempre irían a buscarlo. Como hoy lo buscan los duendes del recuerdo para traerlo a este 2023 de un Alvear que sigue teniendo su alma revolando en el boulevard de la Avenida Sarmiento.